

Colación de Grados
Rector de la Universidad del Salvador (USAL)
Carlos Ignacio Salvadores de Arzuaga

Señoras, señores, queridos graduados:

Los recibimos gustosos en este acto tan importante, y lo hacemos aquí, en el Colegio del Salvador, un lugar lleno de significado para nuestra Universidad, que hace ya 70 años dio sus primeros pasos en este ámbito.

Alguien podría pensar que éste es un acto de despedida.

En lo personal prefiero verlo como un momento oportuno para que juntos repasemos lo que hicimos y, sobre todo, por qué y para qué.

El punto de partida será nuestro conocido lema de "Ciencia a la mente y virtud al corazón".

Fácil de formular, pero ha sido y sigue siendo para nosotros un auténtico desafío.

Es que la exigencia no es sencilla.

En su encíclica *Laudato Si'*, nuestro querido Papa Francisco, usa la figura de San Francisco de Asís para enseñarnos "hasta qué punto son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior".

Ahí está la cuestión.

Porque si solamente nos propusiéramos dotar a nuestros alumnos de destrezas técnicas, estaríamos formando profesionales aptos únicamente para correr siempre por detrás de las innovaciones, debido a la velocidad de cambio de los instrumentos y herramientas de que disponemos.

Sería decepcionante, y muy poco universitario, contar con graduados incapaces de pensar en profundidad sobre todo ese aluvión de novedades y su significado profundo.

Por el contrario, propiciamos y procuramos desarrollar un ámbito en el que se discutan posturas, se revisen argumentos, se pongan a prueba supuestos o reales principios y se hagan posibles muchas experiencias.

Ni la inteligencia artificial ni ninguna de las "maravillas tecnológicas", ya existentes o por venir, pueden proporcionarnos lo único que de verdad necesitamos: criterio, capacidad para distinguir lo bueno de lo que apenas es eficaz, y lo verdadero de lo que no pasa de ser posible.

Es obvio que esa dinámica no concluye con la entrega de los diplomas.

Por eso dije antes que nunca tomo esta clase de reuniones como despedidas.

Quiero aprovechar esta ocasión, tan especial para ustedes, para nosotros y para la Universidad del Salvador en su conjunto, para invitarlos con mucho énfasis a la esperanza.

El combustible de la esperanza son los sueños, que deben acompañarnos a lo largo de toda nuestra vida, pero que son particularmente propios de la juventud.

No me refiero a la esperanza satíricamente como lo hacía Erasmo: el bálsamo de los desdichados o una ilusión piadosa sino, desde su visión humanista, cuando da fuerza para transformar la realidad, cuando motiva el perfeccionamiento moral y espiritual. En definitiva, cuando el hombre conecta con Dios.

Contra lo que muchos creen, esa esperanza y esa alegría, tan propias de lo cristiano, no excluyen que nos apeguemos al realismo de la prudencia entendida como virtud, que consiste en ver la realidad tal cual es, especialmente si buscamos transformarla.

Ya se ha dicho en más de una ocasión, pero conviene recordarlo: para algunos la realidad es un material moldeable a gusto, si se tiene poder suficiente para manipularla y así esquivar responsabilidades.

No es ésta nuestra postura.

La combinación de realismo y esperanza nos salva de que nos arrastre la corriente del pensamiento dominante, que muchas veces anula la capacidad de discernir lo justo de lo injusto, lo útil de lo inútil, lo necesario de lo superfluo.

De ese modo, sin que lo advirtamos, otros deciden por nosotros.

Ésta es una universidad jesuita, además de cristiana.

La impronta jesuita nos ayuda a entender que no se puede ser cristiano "a medias".

En nuestra concepción no existe la categoría de "cristiano simpatizante".

Por eso, por amor al Dios en quien creemos, planteamos la formación de nuestros alumnos a partir de la atenta mirada hacia la comunidad de la que formamos parte y del prójimo, en particular el que más necesita de nosotros.

El Papa León XIV establece ciertas pautas para una universidad como la nuestra.

Por ejemplo, advierte que no debe estar únicamente en las fronteras del conocimiento, sino también en los ámbitos del sufrimiento.

Que no debe brindar solo saber, sino servicio, y no sólo prestigio, sino compromiso.

Que la visión católica siempre es y debe ser plural y solidaria.

Que uno de sus propósitos es trabajar por el renacimiento del valor de la persona en este tiempo de globalización homogeneizante.

Claro que eso puede generar divergencias, discusiones e incluso incomodidades, porque habrá sobreabundancia de voces distintas.

Pero eso no debe escandalizarnos, ¿cómo lograr que florezca el pensamiento crítico sin ese ambiente, a veces incluso algo desordenado? ¿Y cómo avanzará el conocimiento sin ese aporte genuino y libre?

Pretender cancelar ese intercambio haría que una mal entendida lealtad tomara el lugar que le corresponde por derecho propio a la verdad.

Entonces, queridos graduados, la propuesta es mantener la esperanza y la alegría en medio de las pruebas que les presente la vida.

Prudencia y audacia no son incompatibles; no olviden nunca que en el Evangelio Jesucristo nos invita a ser a la vez astutos como serpientes y sencillos como palomas.

Ustedes salen a la vida profesional como buenas personas dotadas de la mejor aptitud en sus respectivas disciplinas.

Erudición y sensibilidad; afán de progreso y compromiso comunitario.

Avanzar sin perder de vista lo esencial.

De eso se trata, pueden creerme.

Y nunca, jamás, pierdan la capacidad de soñar, parafraseando al graduado mas ilustre de esta Universidad sueñen, sueñen a lo grande, sustituyan los miedos por los sueños.

Que Dios los bendiga y que San Ignacio los acompañe siempre.

Nada más, muchas gracias.